

Los campesinos en el umbral de un nuevo milenio

ARTURO WARMAN

En los últimos veinticinco años se han producido profundos cambios en la agricultura latinoamericana y en sus campesinos; estos cambios son demasiados para la reseña o la síntesis numérica. En ese periodo, por primera vez en su historia, una gran parte de los países de la región registraron a la mayoría de su población como urbana. Muchas críticas se han hecho a esa manera de contar que contiene sesgos que tratan de mermar el componente agrario de nuestras sociedades. En México, por ejemplo, desde hace un siglo se considera urbana a cualquier localidad con más de dos mil quinientos habitantes. Pese al sesgo, es claro que los sectores urbanos están creciendo más rápidamente que los rurales, por lo que ya han alcanzado o pronto alcanzarán una proporción mayoritaria de la población latinoamericana. Esto es novedoso para países que mantuvieron por centurias un carácter agrario en la concepción y en la organización de la sociedad. Muchos todavía mantienen un sistema de poder configurado alrededor de las oligarquías terratenientes, que sin dejar de serlo han diversificado sus actividades y consolidado sus esferas de poder.

Pese al vertiginoso crecimiento del componente urbano, el sector agrario no ha dejado de crecer en números absolutos. Aunque más lento, el crecimiento del sector rural es significativo. América Latina nunca ha tenido en toda su historia más habitantes en el sector rural de los que hoy tiene: alrededor de 125 millones en 1985, los cuales representan la tercera parte del total. Es más que probable que este número siga creciendo hasta el próximo milenio, aunque su proporción dentro del conjunto siga descendiendo. Las estimaciones más comunes calculan en 134 millones a la población rural del año 2000, cuando representarán una cuarta parte del total. Si cometiéramos la insensatez de usar el caso de los Estados Unidos como modelo para el desarrollo latinoamericano, yerro que se repite con frecuencia, deberíamos recordar que allí transcurrió medio siglo desde que la población urbana alcanzó la proporción mayoritaria en 1880 hasta que en 1930 la población agrícola dejó de crecer en números absolutos. Si las condiciones de ese desarrollo pudieran repetirse todavía tendríamos crecimiento absoluto en el sector rural por otras tres o cuatro décadas.

Todas las evidencias muestran que el modelo estadounidense u otros

modelos históricos de crecimiento y desarrollo no son replicables. La industria actual, que está expulsando fuerza de trabajo, nada tiene que ver con la que sirvió como eje a aquellos desarrollos. Es otra la división internacional del trabajo y de los mercados. Los abismos técnicos se hacen cada vez más profundos. Es diferente y cada vez más desigual la relación entre los “desarrollados” y quienes no lo están. El peso de esa relación, manifiesto en la deuda externa entre otras cosas, bastaría para mostrar que los caminos ya recorridos no están abiertos. Mucho se ha dicho y escrito sobre la irreplicabilidad de los modelos históricos de desarrollo. No voy a repetirlo. Sólo voy a destacar algo evidente que recibe poca atención: la permanencia de un sector rural importante como proporción y creciente como magnitud absoluta en el horizonte futuro de la América Latina.

Con frecuencia, este sector recibe el tratamiento de un grupo en proceso de extinción irremediable cuando, conforme a la evidencia, debería ser considerado como un componente presente por tiempo indefinido en el proceso de desarrollo y en su transformación. Casi sin excepción, los programas nacionales de desarrollo todavía son portadores de la pesada inercia que supone la desaparición por inevitabilidad histórica de los sectores “atrasados”. Si esa ley operara, no tendríamos oligarquías, industrias prehistóricas e ineficientes, conglomerados urbanos ineficaces y onerosos, aparatos gubernamentales casi tan grandes como ineficaces, ciudades atrasadas en donde los contingentes desocupados o informales superan a los empleados. . . En fin, si se cumplieran esas leyes de la caducidad, en lugar de las de la diversidad y diferenciación específica, ya habríamos sido sustituidos por otros más modernos y eficientes.

Con muy pocas excepciones, la redistribución territorial por la reforma agraria ha avanzado lentamente en el último cuarto de siglo. En muchas partes ha retrocedido en los últimos tres lustros. El impulso reformador de los años sesenta no consiguió suficiente magnitud como para alterar sustancialmente las tendencias históricas en la estructura de la tenencia de la tierra. La bimodalidad en la escala y características de las unidades de producción, con un sector minoritario de empresas medianas y grandes, capitalizadas y a veces modernizadas, y un sector mayoritario minifundista, no se alteró. Incluso se agudizó en la medida que en el sector empresarial sucedía un proceso de concentración de la propiedad y el capital, mientras que en el sector minifundista la unidad territorial se fragmentaba para dar cabida a los nuevos campesinos, a veces sin quedar en los registros o en las estadísticas. Pese a las reformas agrarias, que por lo general fueron tratadas como políticas sociales pacificadoras o preventivas sin trascendencia productiva, la desigualdad en la posesión y acceso a la tierra se incrementó en el pasado reciente.

La presencia de los campesinos sin tierra y sin empleo permanente, como quiera que se llamen y clasifiquen, es un fenómeno creciente. No sabemos de su verdadera magnitud, ya que las cifras disponibles no nos aclaran nada sobre las relaciones de estos nuevos vagabundos laborales y sus comu-

nidades de origen, pero no es intrascendente. Su terca demanda por la tierra ha sido descalificada desde arriba, por quienes entienden a la sociedad como un negocio mercantil, por arcaica, antieconómica e irracional, pero no ha sido acallada ni ha generado una propuesta alternativa más moderna y racional. La redistribución de la tierra por la reforma agraria no ha desaparecido de la agenda de las naciones de la región. Simplemente se ha pospuesto en un vano intento por comprar tiempo, como esperando que la profecía de la extinción de los tercios demandantes se cumpla como por milagro y de improviso. La cuestión agraria permanece en América Latina.

La mayoría de los productores rurales, los campesinos latinoamericanos, vio reducida la superficie a la que tenía acceso. Con frecuencia, la reducción fue tan severa que implicó la imposibilidad de lograr la subsistencia con los recursos disponibles para hacerla producir. Aquí es necesaria una distinción importante. La imposibilidad de obtener la subsistencia a partir del uso y cultivo de la tierra tiene dos causales: la insuficiencia absoluta de la producción, al parecer menos frecuente, y la imposibilidad de retener el valor de lo producido, que es extraído por diversos canales comerciales, financieros, técnicos y de política económica. La causa de la insuficiencia puede ignorarse desde la perspectiva de la preservación del estado de cosas, pero adquiere importancia central en las acciones para la transformación. En toda la región se está librando una batalla por la posesión y el control de los excedentes agropecuarios campesinos.

La insuficiencia productiva o la imposibilidad de retener el valor generado convirtió a la agricultura en una plataforma esencial e irrenunciable pero incompleta en la construcción de las estrategias de sobrevivencia campesina. Éstas se derramaron más allá de sus parcelas, de su tierra, hasta penetrar el conjunto de la sociedad y de la economía. Esto no es nuevo, pero nunca ha sido más intenso. Hay una poderosa y clandestina invasión campesina de las áreas y actividades que se pensaron como alternativas diferentes y modernas. Algunos, con arrogancia, la llaman distorsión o hasta contaminación. Muchos simplemente no la ven, no quieren verla. Se refugian en las viejas imágenes de lo campesino y no lo reconocen en su nueva vestimenta de fibras sintéticas y diminutos aparatos electrónicos. Sin embargo, la invasión existe y puede comprobarse pese a la nueva imagen de lo campesino. Agricultor y campesino siguen juntos pero no son sinónimos. Se puede partir de la identidad para reconocer la diferencia.

La bimodalidad en la producción agropecuaria es una abstracción con propósitos analíticos limitados y no una descripción. Las dinámicas de fragmentación y concentración asociadas con ella se traducen de manera variada y compleja en muchas dimensiones. Un creciente proceso de especialización productiva ha separado a las dos modalidades: la empresarial y la campesina. La agricultura empresarial se orienta preferentemente hacia productos de exportación, de materias primas industriales o de alimentos de alto precio y consumo diferenciado o protegido en el mercado nacional.

Generalmente está integrada con actividades agroindustriales para la transformación, preservación y empaque de los productos. Con frecuencia está asociada, en diferentes proporciones y formas, con el capital y las empresas transnacionales, de las que adquiere técnicas, financiamiento, acceso a los mercados y a veces hasta prestigio y legitimidad.

La producción empresarial es a veces intensiva, pero ésa no es una condición general. La ganadería mayor de cría y engorda, una de las líneas con crecimiento más dinámico en el pasado reciente, es una actividad extensiva sustentada en el control territorial que no requiere de grandes inversiones ni trabajo. Con frecuencia, la ampliación de la producción empresarial se da por la vía de la mecanización y no por el uso de fuerza de trabajo ni por la inversión en la mejora territorial. Es más frecuente el crecimiento extensivo, equiparable a la engorda, que la intensificación en la agricultura empresarial. Pero la fuerza de trabajo campesina, reclutada y contratada en condiciones precarias y discontinuas con una remuneración insuficiente para la sobrevivencia, de infrasubsistencia, es la condición crítica para la operación de la mayor parte de las agroempresas. También lo es, de manera casi generalizada, la captura de la mayor proporción de los apoyos financieros, técnicos y de política económica, así como de las inversiones territoriales y de capital fijo, con los que los estados apoyan a la actividad agropecuaria.

La viabilidad y persistencia de la empresa agropecuaria latinoamericana no es un hecho obvio o natural ni un resultado de su eficiencia y elevada productividad. Es una intrincada historia de la apropiación particular de los recursos de la nación, del manejo de subsidios y espacios protegidos en los mercados, de condiciones de excepción que se convierten en permanentes. Es una historia de poder político más que una de eficiencia productiva. Con frecuencia es la triste historia de la alternancia de oportunidades especulativas en desordenados ciclos de expansión y crisis. Todos nuestros países resienten las secuelas de la expansión incontrolada de algún producto, los años de oro del algodón, de la soya, de las flores... y de su repentino abandono con costos sociales y ecológicos que a veces son irremediables si no es que requieren de plazos prolongados para su reparación. La empresa agropecuaria opera con frecuencia inusitada en nuestros países con una lógica extractiva, en el desequilibrio y jugando con el azar, especulando, apostando y dilapidando los recursos públicos.

En el otro extremo, la agricultura campesina se funda en la producción de alimentos, requisito irrenunciable de la sobrevivencia por el consumo directo, pero no se agota en ella. Los minifundistas campesinos, que requieren de ingresos monetarios, han incursionado en casi todas las líneas productivas de la agricultura: exportación, materias primas y hasta alimentos tan caros que no pueden comer. Lo hacen en condiciones desfavorables y subordinadas a las empresas agroindustriales, que casi nunca están bajo su control, y que a través de recursos técnicos, financiamiento o simplemente por la comercialización, imponen condiciones onerosas a

los productores campesinos. Los campesinos, que invierten su trabajo y el de sus familias como principal componente del costo de producción, tienen más elasticidad frente a las fluctuaciones de precios en los mercados, aguantan más, estrictamente. A veces, cuando los bajos precios se traducen en pérdidas para los empresarios, los campesinos resisten aceptando una remuneración todavía más baja para su trabajo. Así, se han adueñado de líneas de producción comerciales y hasta especulativas abandonadas por los empresarios como productores pero no como acaparadores agroindustriales y comerciales. Para los campesinos, la producción comercial significa un ingreso complementario que no puede obtenerse en otra parte con mejor remuneración.

En la producción de alimentos básicos, el trabajo campesino permanece como el principal componente técnico y económico; pero a esto se agrega el hecho de que la producción alimentaria es irrenunciable y se conforma como uno de los ejes de su estrategia de sobrevivencia. En ese caso, la tolerancia de los productores campesinos frente a los precios bajos es todavía más grande. La resistencia de los productores campesinos y una política económica orientada en beneficio de los sectores modernos y urbanos, combinada con una oferta internacional de básicos frecuentemente subsidiados, provocó el deterioro de los términos de intercambio de los alimentos básicos con el regocijo de los encargados del abasto a los centros urbanos. Pero la resistencia de los productores campesinos a los bajos precios se tradujo en pérdida en la elasticidad de la oferta. Los empresarios demandaron subsidios o abandonaron la producción de básicos. No hicieron lo mismo los campesinos pero restringieron su producción a los niveles más cercanos a su consumo y la inevitable transferencia de excedentes por las vías crediticias o comerciales. La producción de básicos se frenó o creció menos que la demanda dentro de esa lógica perversa. En muchos países surgió la dependencia alimentaria.

La importancia regular y creciente de básicos está asociada con frecuencia a una política de privilegio y subsidio al consumo urbano que no alcanza al medio rural. Allí, los precios elevados, la especulación y el desabasto son el pan que falta cada día. Datos dispersos y con frecuencia de difícil acceso sugieren un deterioro severo en la nutrición rural que debe ser motivo de preocupación. El deterioro tiene dos componentes: el más frecuente parece ser la reducción en la variedad de alimentos de consumo cotidiano en el medio rural, el otro se refiere no sólo a la reducción de la variedad sino también de la cantidad. El incremento en la desnutrición y la amenaza de carencias críticas no es un lujo que podamos darnos. Tampoco lo es el precio, también difícil de averiguar, que pagamos por la dependencia alimentaria en el campo de las relaciones internacionales.

El campesino, confinado como productor agropecuario a espacios territoriales restringidos y sometido a relaciones de intercambio desigual, tiene que ampliar y multiplicar su quehacer productivo. Junta infrasubsistencias hasta sobrevivir. Ese quehacer se extiende en el ingenio y en el espacio.

Genera migraciones, complejas movilizaciones de gente por largas distancias o por periodos prolongados, que a veces ignoran o traspasan las fronteras políticas, o configura complejos circuitos de trabajo en espacios locales y regionales. También genera otro tipo de migración, la de la producción a través de las industrias y agroindustrias que se establecen en el campo y usan del trabajo a domicilio. A veces producen objetos tradicionales, artesanías, pero otras generan artículos modernos, la alta confección por ejemplo, y productos de exportación, legales o prohibidos.

Es mucho lo que ignoramos respecto a la migración. El marco analítico que predice la desaparición del campesinado vio en la migración un hecho definitivo e irreversible: el cumplimiento de su predicción. Por mucho tiempo caímos en la trampa analítica. Sólo hace poco empezamos a percibir la complejidad de los flujos de gente, de dinero y de bienes, de ideas y oficios, en todas direcciones. Esta movilidad ha configurado un espacio en nuestras sociedades que todavía no acabamos de captar e identificamos en negativo: los marginales, la economía no formal, los ausentes que mandan dinero que sirve para subsidiar una producción agrícola que parece ilógica, fuera de contexto; los redundantes. Allí, en ese espacio todavía confuso, está la nueva especificidad latinoamericana que con frecuencia se ha escapado cuando oponemos como excluyentes urbano y rural, obrero y campesino, moderno y tradicional.

La diversidad y compleja integración del quehacer campesino con otras actividades, su fluidez, hace imposible la medición cuantitativa de su aporte a la economía. Hay datos más o menos generales para América Latina que muestran un descenso del valor de la producción agropecuaria como proporción del producto interno bruto nacional. Este dato, agravado por la profunda desigualdad entre la población rural, ilustra más sobre el descenso del ingreso de los productores agropecuarios que sobre una pérdida de importancia de esta actividad en las economías nacionales. En la mayoría de los países, los productos agropecuarios son los más importantes en la exportación, en la generación de divisas. Incluso en los países exportadores de materias primas extractivas, petróleo o minerales, las exportaciones agropecuarias desempeñan un papel de gran importancia en el comercio exterior. En muchos países, el valor generado por la industria alimentaria es más elevado que el producto agrícola. Así sucede en México. Otros datos como éste sugieren que las actividades agropecuarias han perdido su capacidad para retener o contabilizar el valor generado pero no la capacidad para crearlo.

Por otra parte, es imposible la medición de la participación campesina en las actividades secundarias y terciarias con las categorías estadísticas vigentes. Éstas fueron diseñadas a partir de supuestos evolucionistas que suponían la especialización permanente. Ignoran el tránsito de un quehacer a otro, la fluidez y movilidad de la gente y su trabajo, su iniciativa y el elevado precio que pagan por desarrollarla. Las categorías estadísticas, cargadas de ideología, aún tratan de medir lo que ya no fuimos y tenemos

que usar las distorsiones, las anormalidades y las contradicciones, para tratar de medir lo que efectivamente hacemos.

No es más fácil intentar una evaluación cualitativa del aporte de los campesinos a la economía. Se pueden señalar algunas actividades que dependen de su trabajo. En la producción de alimentos básicos, la participación campesina como productores directos es central. También lo es, como productores directos o fuerza de trabajo, en la producción de materias primas agropecuarias, productos exportables y alimentos industrializables. Su intervención como trabajadores no siempre está restringida al marco nacional, a veces se realiza fuera del país y genera un ingreso importante de divisas a través de las remisiones de los expatriados. En algunas de las ramas industriales más dinámicas, como la construcción, la participación de la fuerza de trabajo campesina es muy importante, así como en las industrias que usan el trabajo a domicilio. Del listado, que puede extenderse de manera diferente en nuestros países, puede desprenderse que el trabajo campesino, en sus diferentes modalidades, es mucho más importante en la economía de lo que las estadísticas registran.

Desde una perspectiva estructural pueden mencionarse funciones esenciales de la economía que se vinculan directamente a la presencia y el trabajo de los campesinos. La escala de los salarios en todo el conjunto de la economía, sustento del proyecto industrializador, se asocia con los precios de los alimentos, donde la tolerancia de los campesinos es central, y con una oferta de trabajo ilimitada. Alrededor del trabajo y los recursos campesinos sobrevive y crece una proporción importante de la población que no puede ser incorporada por los sectores formales de la economía. Lo hace por su cuenta y riesgo, sin gravar al sector formal con el costo de la reproducción de la fuerza de trabajo. Los sectores no formales constituyen por gran margen el grupo mayoritario y su presencia, que apenas empieza a ser reconocida y analizada, define al conjunto de la economía y establece sus potencialidades y limitaciones.

Si los sectores informales no gravan a la economía formal, no es cierta la propuesta contraria. La persistencia y crecimiento de los sectores formales requiere de recursos "externos" que se obtienen de la compleja apropiación del valor generado por otros sectores, de su exacción por múltiples e intrincados caminos con frecuencia clandestinos. La formación del capital y su reproducción en los sectores formales modernos dependió de la transferencia de los recursos generados en su margen, en especial con el trabajo campesino. Estos recursos externos siguen desempeñando un papel fundamental, apenas reconocido y muy mal analizado, en el crecimiento del sector formal moderno sustentado en la acumulación originaria acelerada y permanente.

Cuando una parte de la acumulación nacional tiene que remitirse por las vías financieras al exterior, los flujos internos se aceleran para compensar la pérdida, como ahora está sucediendo. El impacto de la crisis general es severo pero diferenciado. Todavía no hemos evaluado sus efectos sobre

los campesinos. Tenemos evidencias confusas e interpretaciones contradictorias. Por una parte, es claro que los campesinos no dejan de producir en esas condiciones. Por el contrario, su producción directa se incrementa y a veces recupera el signo positivo que había perdido, como sucede en México. Por otra parte, parece que mientras aumenta el valor producido disminuye la proporción retenida por los campesinos: se pauperizan en condiciones en que eso parecía imposible. La crisis está abriendo una caja de sorpresas, no vaya a ser la de Pandora.

La subordinación de los sectores "externos" desde el punto de vista del análisis económico formal desempeñó y desempeña un papel central en la configuración de los sistemas políticos latinoamericanos. Desde esa perspectiva, los sectores externos o informales son ciudadanos y constituyen la mayoría. Creo que no es aventurado afirmar que los campesinos, en el mejor de los casos, estuvieron y están seriamente subrepresentados en los sistemas de poder latinoamericanos, y en el peor, están ausentes. La subordinación y la exclusión de los sectores mayoritarios de los sistemas de poder han marcado las estructuras políticas, deformándolas, haciéndolas inestables y vulnerables. Las hegemonías políticas, por rigurosas que sean, no son profundas sino superficiales, apenas enraizadas en sectores minoritarios que excluyen e incorporan de manera subordinada a los conglomerados humanos que sustentan al conjunto. Hay dos dimensiones en la historia política latinoamericana. En una se expresan las divisiones internas y los conflictos entre los integrantes de la coalición minoritaria pero detentadora del poder que comparte el modelo de crecimiento hacia el progreso, hacia el milenio industrial. En la otra se manifiestan las tensiones entre un sistema político excluyente y las demandas de los excluidos. Entre estas dos dimensiones, en tensión constante, ha transcurrido la historia y se está definiendo el devenir.

La tensión entre los sectores dominantes y los excluidos provoca que los sistemas de dominio se sustenten, en diverso grado, en la violencia y en la represión. Es frecuente el abuso y la violación de los derechos humanos. Sus víctimas más frecuentes y constantes en América Latina son los campesinos, especialmente los indígenas. Los sistemas de dominio que incluyen la violación de los derechos humanos y políticos constituyen un severo riesgo para la democracia, la hacen inestable. La exclusión por la violencia de los campesinos hace más grandes y profundas las barreras infranqueables en nuestras sociedades y generan condiciones en que las normas democráticas se vuelven frágiles y vulnerables.

La óptica global, la perspectiva agregada, lleva a destacar la postulación de los campesinos latinoamericanos, abrumados por la pesada carga de un desarrollo que los usa, los hace objeto y sustento del crecimiento, pero los excluye, los subordina y los pauperiza. Esa mirada desde arriba lleva a sus propias conclusiones: no son alentadoras. Los campesinos no han desaparecido ni lo harán en el futuro cercano. La "modernización", que ciertamente ha avanzado, no se ha universalizado y de manera paradójica

entre más avanza a menos gente incluye. El milenio industrial no llegó. En esas condiciones, las tendencias actuales no pueden proyectarse sin desembocar inevitablemente en el desastre. El deterioro de las condiciones de los sectores campesinos no puede prolongarse indefinidamente sin rebasar los puntos de fractura. Desde cualquier perspectiva, el freno al deterioro y la reversión de las tendencias son condiciones ineludibles para el futuro, para cualquier futuro.

La visión desde arriba tiene severos riesgos que hay que advertir. El deterioro de la existencia campesina es cierto y riguroso pero sólo es una parte de la realidad. Desde otra perspectiva, desde abajo, las tendencias que desde arriba se ven como fatales se convierten en problemas, viejos o nuevos, que hay que resolver, que se están enfrentando. En las sociedades campesinas no hay postración, hay obstáculos e incertidumbre, pero también hay actividad, movilización, imaginación e iniciativa. Las respuestas a las tendencias al deterioro no se diseñaron arriba, se crearon abajo y abrieron nuevos márgenes para seguir resistiendo. La compleja combinación de insuficiencias para configurar estrategias viables no sólo de subsistencia sino de crecimiento, no es el producto de un diseño maquiavélico del sistema para preservarse, sino el resultado histórico de iniciativas campesinas en una relación de subordinación, de restricción.

La iniciativa campesina en el espacio de las estrategias de reproducción social, inventando nuevos quehaceres, ampliando los espacios geográficos para realizarlos, abriendo mercados, rehaciendo las tradiciones, se ubica en el terreno de la defensa, de la resistencia. Ha sido eficaz pero también ha sido insuficiente. Las movilizaciones campesinas para la lucha por sus derechos y demandas, que implican las condiciones generales de posibilidad para las estrategias de reproducción, son el complemento de la resistencia. La magnitud y el carácter del enfrentamiento de los movimientos campesinos en América Latina son muy diversos. No han sido pocas las derrotas campesinas pero tampoco han faltado los triunfos generales parciales y algunos totales en escala o tiempo reducidos. Los signos visibles indican que las luchas campesinas no han menguado en los últimos decenios; están en la orden del día.

Los movimientos campesinos también han sido repensados y reelaborados por la iniciativa campesina, recogiendo experiencias, acumulando fuerzas. La experiencia latinoamericana sugiere que estamos en el umbral de una nueva irrupción de los movimientos campesinos en la arena política, donde se cristaliza la exacción y la subordinación, con nuevas formas organizativas, demandas novedosas y alianzas inéditas. No predigo, no he tenido mucha fortuna en el oficio de profeta, pero constato que desde abajo no hay postración sino efervescencia, movimiento e imaginación. La perspectiva desde abajo, que apenas menciono, también tiene mucha importancia, la mayor, en el tema del futuro: el desarrollo democrático de América Latina.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

No son muchos los datos utilizados en un ensayo de este tipo en que se trata de reconocer y destacar grandes procesos. Sin embargo, los datos son un antecedente necesario. Desafortunadamente están muy dispersos. Un buen compendio de muchos de los que usé se encuentra en el libro de la división agrícola conjunta CEPAL/FAO, *Agricultura campesina en América Latina y el Caribe*, que fue preparado por Emiliano Ortega y publicado por esa organización en Santiago de Chile en 1986. Este trabajo también analiza algunos de los procesos que destaco. De la misma organización, la división agrícola conjunta CEPAL/FAO, se utilizó el libro colectivo *El crecimiento productivo y la heterogeneidad agraria*, publicado en Santiago de Chile en 1986, que destaca la pluralidad y diversidad de los procesos en los diferentes contextos nacionales. El libro colectivo editado por John C. Buper y Thomas C. Right, *Food, politics and society in Latin America* (Lincoln, University of Nebraska Press, 1985), se consultó en referencia al complejo y elusivo problema de la nutrición. El libro de Merilee S. Grindle, *State and countryside; development policy and agrarian politics in Latin America* (Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1986), ayuda a entender la acción pública respecto a la agricultura y los campesinos. El libro de Gustavo Gordillo, *Campesinos al asalto del cielo: de la expropiación estatal a la apropiación campesina* (México, Siglo XXI, 1988) sobre la coalición de ejidos de los valles del Yaqui y del Mayo, se usó en referencia a la batalla por el excedente rural y las nuevas organizaciones campesinas y sus planteamientos. Mucho de lo dicho ya estaba elaborado en trabajos previos de quien esto escribe. No los cito por razones obvias. Sin embargo esta reflexión no repite las anteriores y si acaso no aporta nada original no fue por falta de intención sino de capacidad.